

HUGHES (Everett C.): *The Making of a Physician. A general statement of ideas and problems*, en «Human Organization», vol. 14, núm. 4, invierno, 1956, págs. 21-25.

El problema general de que se ocupa este estudio afecta de lleno a la Sociología de las Profesiones y no sólo a la médica, mencionada específicamente en el título, y de la cual se ponen todos los ejemplos. La Medicina ha dejado de ser una ocupación y se ha convertido, tiempo ha es cierto, en una profesión, es decir, en algo de interés general. Mucho más cuanto que hoy dependemos más de los doctores que jamás antes.

La educación médica es la serie de procesos mediante los cuales la cultura médica se conserva viva a través del tiempo y las generaciones, se extiende a nuevas poblaciones o elementos de poblaciones, y recibe acumulaciones. El punto inicial es el conocimiento médico lego. El final no es la recepción de un grado académico o una licencia profesional, sino que los médicos han de poner nuevamente en contacto e interacción la cultura médica lego, aunque ahora en un nuevo papel. En cierto modo, el aprendizaje de la profesión consiste en una separación, alienación casi, del mundo médico lego. En el período de iniciación, las dos culturas interaccionan dentro del individuo, que se encuentra así en una situación marginal. Por otra parte, el individuo, antes de desempeñar su cometido correspondiente, tiene una cierta idea acerca de él y, lo que es más, tal idea ha de modificarse necesariamente con el tiempo, y, en muchos casos, no responde *a priori* a la realidad, que es diferente, desde luego, del estereotipo. El descubrimiento del estudiante comprende no sólo los modelos ideales de profesionales, sino también de los asequibles a él. En cierto sentido, un papel o cometido es lo que un hombre espera de sí mismo y lo que los demás esperan de él en ciertas situaciones. Y todo cometido comprende a los demás o a uno mismo en relación a otros. Lo que pasa es que siempre aparece lo que modernamente se ha dado en llamar «grupo de referencia» y que, en suma, no es sino que de entre los demás hay unas cuantas personas, más o menos, que son los otros, que para nos-

otros significan algo, los «otros significativos».

Otro de los problemas en el estudio de toda profesión es conocer las clases de carreras de las personas que la siguen. Una carrera es una especie de ajustamiento, sobre la marcha, entre un hombre y los varios hechos de su vida y de su mundo profesional. E implica riesgos porque su carrera es su empresa última, su empeño definitivo en su única vida.—
S. del C.

GOTSHALK (D. W.): *Politics and Civilization*, págs. 79-86; MORRIS (Bertram): *Democracy and Culture*, págs. 87-91; OLIVER (Donald): *Rational Choice and Political Control*, en «Ethics», volumen LXVI, enero, 1956, núm. 2, páginas 92-97.

Estos tres artículos fueron presentados como un «symposium» sobre «Moral y Política» en la reunión que, en 1955, celebró la Western División de la American Philosophical Association, en East Lansing, Michigan.

En el primero, Gotshalk trata de determinar las relaciones existentes entre política y civilización, y más concretamente, entre política internacional y civilización actual.

Para ello, define, en primer lugar, la civilización como actividad o como un sistema de actividades humanas. Ahora bien, toda actividad está integrada, a su juicio, por dos factores, que pueden denominarse, respectivamente, factor proceso y factor control. Así, por ejemplo, la creación de una obra de arte implica, de una parte, numerosos procesos físicos, fisiológicos y psicológicos, los cuales constituyen una especie de tecnología que dispone las energías causales de un modo selectivo. Pero también, de otra, implica en algún sentido una dirección, una finalidad que, a veces, sirve de directriz a los procesos técnicos, salvo en casos muy raros e improbables, la creación de arte no es una actividad automática y puramente mecánica.

Los principios básicos de este análisis de la obra de arte pueden aplicarse, en el sentir de Gotshalk, a la civilización como actividad; también en ésta se dan una serie de procesos dirigidos por un factor guía o control.

Dentro del amplio complejo de ac-

tividades llamado civilización, destaca la actividad de la política. Ahora bien, la política como actividad es un término de muchos significados, y por eso Gotshalk la delimita como «arte de gobierno». Y, como en todo arte, descubre en ella también una técnica y una finalidad. Este último aspecto es, además, de importancia primordial, porque la política no sólo tiene, como otras actividades, sus propios fines, sino que ella misma es un proceso de producción de fines o principios que han de servir de guía a la civilización. La política es, pues, aquella actividad capaz de suministrar los principios más constrictivos y decisivos de la vida civilizada.

Mas el hecho es que en los últimos tiempos el papel fundamental de la política y del Gobierno ha sido desintegrar en grado creciente los procesos de civilización. No son, sin embargo, los políticos los responsables de este estado de cosas; más bien, son ellos mismos víctimas de un sistema de formación que no está de acuerdo con las circunstancias. El gobernante podría ser equiparado a un ingeniero social, y la labor del Gobierno a una labor de ingeniería social, bien que considerando a un buen ingeniero como un creador de estructuras útiles para canalizar los procesos físicos y a un buen gobernante, por tanto, como un creador de esquemas útiles para canalizar las acciones sociales. Ahora bien, el desarrollo de la tecnología política no puede compararse en modo alguno con el extraordinario desarrollo de la tecnología física en los últimos años. Y no se trata de una disparidad entre lo viejo y lo nuevo, esto es, entre fines arcaicos e instrumentos nuevos, sino, más profundamente, es una disparidad en concepto y método, en sistema de formación, en calidad y carácter de los fundamentos teóricos y prácticos.

El problema de las relaciones de la política y de la civilización ofrece, en fin, a juicio de Gotshalk, una extraordinaria oportunidad al filósofo. Lo mismo que los filósofos del siglo XVII, unidos a los matemáticos y físicos, sentaron las bases de la moderna física teórica, hoy se presenta a los psicólogos y pensadores sociales la oportunidad de establecer los fundamentos de una moderna humanística teórica.

No está de acuerdo Bertram Morris, autor del segundo artículo, con la exposición del problema y con las con-

clusiones a que llega Gotshalk. Por civilización —dice— puede entenderse lo que es producido por el estado civil y por política, el medio por el cual la sociedad civil produce civilización. Puede decirse, además, que el estado civil implica el consentimiento del gobernado. Siguiendo el esquema rousseauniano, se diría que en la sociedad civil el hombre alcanza una mayor libertad que en el estado de naturaleza, o sea, pudiéramos decir, que en aquel estado en que el poder superior determina los fines de la vida social. En este supuesto, «los principios guías de la vida civilizada» deberán construirse de modo muy diferente al empleado por el Prof. Gotshalk.

Por otra parte, este último ve el problema en la necesidad de conseguir una brillante tecnología social comparable a la tecnología de nuestro mundo industrial. Pero Morris cree poder objetársele que el problema fundamental no es éste, sino, más bien, el modo de hacer a la tecnología responsable de los intereses colectivos de la humanidad.

La solución debe hallarse, a juicio de Morris, en términos más democráticos que los sugeridos por Gotshalk: en la creación de un electorado informado, decidido, capaz de acción eficaz, capaz de engendrar opinión pública y capaz de dirigir sus energías hacia la satisfacción de intereses colectivos, en lugar de intereses singulares.

Lo que es preciso no es una «humanística teórica», sino una «humanística práctica». El contenido de los problemas civiles no depende de una humanística teórica, sino de las exigencias prácticas de la vida cotidiana.

También W. Donald Oliver, en el tercer artículo, hace al de Gotshalk algunas observaciones. El gobernante —advierte— puede mostrar su capacidad creadora de dos modos: puede, de una parte, concebir un orden de relaciones humanas y tratar de establecerlo por medio del engaño y la superchería, empleando el máximo de fuerza a su disposición; puede tratar a los hombres como el ingeniero trata a los materiales físicos; puede, en fin, hacer ingeniería social en el peor sentido de la palabra. Pero existe también un segundo tipo de capacidad creadora que no necesita quedar reducida a los límites de visión del líder político; es aquel que sirve, no sólo para establecer un orden en las relaciones sociales, sino también para promover la li-

bertad de creación de los individuos que componen dicho orden. La finalidad de la ciencia política debe ser concebir un orden capaz de imponer a la capacidad creadora individual únicamente los límites necesarios para evitar su propia destrucción.—O. B. C.

LANDMANN (Michael): *Von der Individualanthropologie zur Kulturanthropologie*, en «*Zeitschrift für Philosophische Forschung*», Band IX, Heft, 2, 1955, Meisenheim/Glan, páginas 324-336.

Todo lo que se puede calificar de filosófico, tanto la filosofía teórica como la ética en su dimensión filosófica, aspiran a una cierta individualización y autonomía, pero esta autonomía de un modo u otro descansa en el hecho de que el hombre como criatura pensante y conviviente con otros semejantes es quien sirve de fundamento y punto de partida a toda filosofía y especulación de carácter filosófico. Desde que el cristianismo determinó que el tipo humano que aún predomina se caracterice esencialmente por la peculiar dimensión de la intimidad, la antropología en cuanto se preocupa del individuo y en cuanto se preocupa de las constantes culturales, coincide en sus supuestos comunes. Si consideramos, por ejemplo, el punto de vista existencialista, en el que la dimensión antropológica individual se acentúa al máximo, encontramos que antes o después de la existencia individual tiene que abrirse a la existencia de los demás y a los modos objetivos en los que se manifiesta este coexistir. Se ve muy claro lo que decimos si se considera el peculiar coexistir de la fiera. La fiera, el animal, precisamente en cuanto está individualizado, pero no posee individualidad, no puede relacionarse con los demás de su especie del modo que es característico a los humanos; es decir, como apertura de su intimidad. De esta relación múltiple entre los individuos entre sí y sus formas conjuntas, surge la antropología individual y cultural. No se puede imaginar al hombre como carente de cultura; es en cierto sentido más fácil imaginarse la cultura sin la apoyatura humana, como simple forma abstracta. De este modo, la problemática individual se hace en

cierto modo problemática colectiva, y lo que se ha llamado estado natural, o si se quiere religión natural, buscando otra perspectiva, forma una visión culturalista natural, pero en ningún caso hay un hombre natural que esté al margen de las formas culturales. Donde hay humanidad, hay cultura. Resulta de todo esto que la excesiva simplificación de los métodos y su orientación esquemática, en el orden antropológico, en dirección a los individuos o a las formas objetivas de la cultura, es un error si no se tiene en cuenta que uno y otro supuesto, el del hombre como ser que es para sí y el de la cultura como forma de la sociedad que alimenta y sostiene al hombre en la convivencia, están en estrecha relación. Precisamente uno de los progresos de la antropología de nuestro tiempo frente a los puntos de vista antropológicos tradicionales, está en la superación de la perspectiva racionalista de la ilustración y, al mismo tiempo, de la perspectiva estrictamente sociológica y naturalista con que la antropología se inició en el siglo pasado.—E. T. G.

RIESMAN (David) y BENNEY (Mark): *The Sociology of the Interview*, en «*The Midwest Sociologist*», vol. XVIII, invierno, 1956, núm. 1. págs. 3-15.

Ciertamente es innecesario repetir lo importante que es la interviú como técnica de investigación social, según lo prueban no sólo la frecuencia con que es utilizada en la práctica y la atención que últimamente le están dedicando revistas, libros, sino también el hecho de que interviuar se está convirtiendo en una ocupación de cuello blanco. La historia de la interviú nunca ha sido escrita, pero el término se remonta a los encuentros de jefes de Estado en la época nacionalista posterior al Renacimiento y, decididamente, su uso en gran escala comenzó con el periodismo moderno.

El empleo de la interviú en Sociología pretendía la comunicación con los «estratos inferiores» de la sociedad, y lo curioso es que, a la vez que Booth estaba aplicando tal técnica a los pobres de Londres, Freud, en Viena, preguntaba a sus pacientes sobre las cosas más escondidas de su personalidad. Freud se estaba poniendo en contacto con los es-